

EL INFIERNO DEL EPULÓN

DOMINGO XXVI PER ANNUM

(30 septiembre 2007)

En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos: Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banqueteara espléndidamente cada día. Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas, y con ganas de saciarse de lo que tiraban de la mesa del rico. Y hasta los perros se le acercaban a lamerle las llagas.

Sucedio que se murió el mendigo, y los ángeles lo llevaron al seno de Abraham. Se murió también el rico, y lo enterraron. Y, estando en el infierno, en medio de los tormentos, levantando los ojos, vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno, y gritó: Padre Abraham, ten piedad de mí y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llagas. Pero Abraham le contestó: Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en vida, y Lázaro, a su vez, males: por eso encuentra aquí consuelo, mientras que tú padeces. Y además, entre nosotros y vosotros se abre un abismo inmenso, para que no puedan cruzar, aunque quieran, desde aquí hacia vosotros, ni puedan pasar de ahí hasta nosotros. El rico insistió: "Te ruego, entonces, padre, que mandes a Lázaro a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que, con su testimonio, evites que vengan también ellos a este lugar de tormento. Abraham le dice: Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen. El rico contestó: No, padre Abraham. Pero si un muerto va a verlos, se arrepentirán. Abraham le dijo: Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso ni aunque resucite un muerto. Lucas 16, 19-31

Lamento decirte, Epulón, que no hay mayor pobreza que la tuya. Eres muy rico ciertamente, pero tu pobreza es, con mucho, mayor que tu riquezas. Aunque tienes muchas cosas, no tienes ni corazón ni hermanos. Vives en la más completa soledad y sufres la mayor de las carencias, porque dentro de ti sólo te alojas tú. ¿Para qué más infierno que tener menos ojos que los perros y más vientre que los cerdos de matanza? No quisiste ser mesa para pobres, ni hospedaste en tu cuenta corriente al hambriento y desvalido, y por eso tu mesa es tu tumba y tus manos usureras son las garras con que te despedazas a ti mismo. Subdesarrollado afectivo y peligroso social, eres tan pobre, tan pobre, que sólo tienes dinero y dinero herrumbroso y carcomido.

Eres tu propio infierno, Epulón. Tú mismo te has cerrado el cielo de la comunión interpersonal. Te has privado, a pesar de tu hedonismo, del mejor de los placeres con que puede y debe banquetear el hombre: el dejarse comer vivo por los otros, el

hacerse a sí mismo pan para los demás, el levantar al pobre del estiércol y de sus llagas para sentarlo con los príncipes de la tierra.

Pero a esas exquisiteces, a esa calidad de manjar, a esa degustación solidaria y fraternal sólo se accede despilfarrando riquezas y depositándolas en los bancos de los pobres del mundo. Tu condición de primermundista, de consumista y sibarita refinado, te subdesarrolló el afecto. No percibiste, Epulón, el hambre del mundo y eso mismo consumió las entrañas de tu hombre empobrecido..

¡Ojalá, epulón, que vieras pronto tu pecado, y ya en la misma tierra empezaras a gozar el placer de la solidaridad! ¡Ojalá que tuvieras como mínima dar siempre más importancia a las necesidades ajenas que a tus lujos propios, y que tuvieras como máxima amar al pobre como a ti mismo! Pasarías, Epulón, rápidamente al cielo de los hijos de Dios y de tus hermanos, los pobres, a quienes Lázaro personifica y representa...

Juan Sánchez Trujillo